

La frontera en la piel

Luis Astorga*

En las sociedades complejas hay tantas fronteras, en sentido amplio, como diferencias entre *habitus* (entendido como historia social incorporada en términos de Bourdieu).¹ Las fronteras se viven y perciben con mayor o menor pena o gusto según la posición ocupada en el espacio social. Además, no siempre existe la posibilidad de obtener un pasaporte para atravesarlas y poder permanecer en el otro lado; y cuando sí existe, forma parte de una larga cadena de prerequisites que obligan a la mayoría de los demandantes a desistir en el camino, o bien optar por vías no consagradas que pueden convertirse o no en legítimas.

La frontera, en el sentido de división territorial, es un límite mágico, es producto de un acto performativo (que crea lo que enuncia). Según Benveniste, en el mundo indoeuropeo el poder y la autoridad para establecer límites territoriales y consagrarlos era una atribución reservada al *rex*.² En la actualidad, esa atribución se encuentra transfigurada y codificada en el derecho internacional. Lo que éste consagra cuando señala los límites de un determinado espacio físico, social, cultural y económico constituido en Estado-nación, respecto a otros, al determinar sus fronteras, es el límite institucional de un proceso social que se efectúa de manera continua, y más o menos durable, entre diversos grupos humanos cuando crean reglas de juego, consciente e inconscientemente, para organizar su vida interna y marcar sus diferencias frente a otros grupos.

En la historia de las fronteras entre países es común encontrar la autoatribución del derecho a la fuerza transfigurada en la fuerza del derecho: la conquista a sangre y fuego como "mandato divino", "acto civilizatorio" o "destino manifiesto". Lo cual crea condiciones para el reforzamiento de una filosofía de la conquista y el surgimiento, y reforzamiento, de filosofías de la sumisión, del resentimiento o de la revolución. Y es en esos universos epistémicos donde se genera la producción simbólica que dará sentido a la existencia de los diversos agentes sociales, que organizará y orientará sus esquemas de percepción y apreciación acerca de todo tipo de fronteras.

Se puede hablar de la "naturalización" de la frontera en un doble sentido: en el primero, cuando un acto de naturaleza social, performativo, como el establecimiento de una frontera entre países es percibido como efecto de la naturaleza natural, al hacerlo coincidir con obras de la naturaleza, es decir ríos, montañas, desiertos, mares, bosques, selvas. Así, podría pensarse que la frontera entre México y Estados Unidos empieza en el Río Bravo (o Grande según la perspectiva), es decir en la naturalización de un límite cuya determinación es de origen social. En el segundo, cuando la frontera se lleva en la piel, cuando constituye una segunda naturaleza, y sólo es comprensible *en relación con* todo lo que no es característico de la vida en "zonas fronterizas", *no en sí misma*.

La división territorial entre México y los Estados Unidos es una construcción social. Desde México se le designa como "frontera norte", universo material y simbólico cuyos límites y contenido establecen y determinan aquellos agentes sociales que crean las categorías de percepción para pensarla como tal, que conforman el mercado de la producción simbólica acerca de la "frontera norte" y compiten de manera más o menos consciente por el monopolio de la representación legítima. Cada quien en su ámbito de competencia, con los medios propios de su profesión y dirigidos a consumidores particulares, El Piporro, Paulino Vargas, Los Tigres del Norte, los investigadores de El Colegio de la Frontera Norte, o los especialistas del INEGI, conforman ese mercado, le dan sentido a la abstracción y construyen los individuos que la habitan. Así, el "fronterizo" es franco, alegre, trabajador, traficante por vocación o necesidad, o prototipo de una nueva raza de mutantes sociales.

No todos los agentes sociales que realizan la producción simbólica en ese ámbito tienen las mismas probabilidades de imponer socialmente sus representaciones de manera permanente y legítima, de dominar el escenario. Es la cercanía con el Estado, la autoridad que delega, y el poder que moviliza, lo que permite a las representaciones de unos tener propiedades similares a las reservadas al *rex* antiguo, es decir de crear lo que enuncian. De ellas se hablará

* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México D.F.

en los medios de comunicación y en círculos políticos y académicos, más como "cosas en sí" que como esquemas de percepción simbólicamente hegemónicos. El Pocho y El Mojado, versión cantada y cinematográfica de El Pi-porro, así como los traficantes fronterizos, versión de corridos de Paulino Vargas, Reynaldo Martínez u otros, cantados por Los Tigres del Norte o grupos similares, aparecerán como epifenómenos culturales integrados o no en esquemas académicos y debidamente tamizados, pero no como representaciones concurrentes dominadas en el mercado de la producción simbólica acerca de la "frontera norte" y los "fronterizos"; y al mismo tiempo dominantes en algunos grupos sociales, "fronterizos" o no, reconocidos y consagrados sólo por ellos mismos.

El "ser" fronterizo no es una substancia sino una relación con los otros que no lo son, o que siéndolo no lo son de la misma forma. Se es fronterizo norteamericano, en relación con los conacionales de la misma condición como símbolo de identidad común; y en relación con los conacionales no fronterizos, fronterizos sureños y extranjeros vecinos para señalar las diferencias. Aun así, hay quienes habiendo nacido y crecido en zonas fronterizas continúan viviendo allí sin reconocerse en las categorías de percepción elaboradas por los diversos agentes sociales para designar al habitante tipo de la frontera norte, excepto en aquellas creadas por el derecho cuando les favorecen, por motivos pragmáticos. Existen también los que sí se reconocen.

Asimismo, hay quienes nacieron y crecieron en la frontera, pero ya no viven allí y otros que no nacieron ni crecieron en ese lugar, pero que viven o no en la frontera y se sienten y viven como fronterizos: llevan la frontera en la piel, al igual que aquellos fronterizos de nacimiento y de sentimiento. Los hay también que no nacieron, crecieron, ni viven en la frontera y tampoco se piensan o viven como fronterizos. El *habitus* fronterizo se adquiere potencialmente por nacimiento o por adopción, porque es tanto productor-producto de un modo de vida, como incorporación de esquemas de percepción y apreciación que le dan sentido y también lo producen. Los "cholos" de Culiacán son tan "fronterizos" como sus homólogos de Tijuana, además ambos comparten con los de Los Angeles el ser *outsiders* en sus respectivas sociedades. La estigmatización de la que son objeto es una forma de establecimiento de una frontera entre lo legítimo y lo ilegítimo social y culturalmente, con sus recompensas y sanciones respectivas. Aspecto físico, porte, vestimenta, lenguaje, mitos y ritos iniciáticos o de pasaje, dan cuenta del universo simbólico que le otorga sentido a su existencia, en el que se reconocen como miembros del grupo y diferentes del resto de la sociedad convencional. La posición emblemática (y sin fronteras) estaría representada por los adolescentes que van a los Estados Unidos en programas de intercambio y cuyo origen social, modos de vida y esquemas de percepción y apreciación son muy similares a los de sus homólogos estadounidenses. En este último caso, la "hermandad" de facto se ve redoblada por la "hermandad" institucional. En el primero, es obstaculizada por la estig-

matización del mismo signo.

Si se piensa a México y a los Estados Unidos no como espacios territoriales con límites consagrados y reconocidos mutuamente, sino en términos de universos sociales con determinados modos de vida, de producción y consumo material y simbólico, la frontera no se encuentra solamente en la zona próxima a la línea divisoria de ambos lados (noción de origen jurídico, económico y político), sino en los propios agentes sociales independientemente de su lugar de nacimiento y residencia, es decir en su *habitus*. De ahí las paradojas aparentes cuando se observa el mayor "nacionalismo" de algunos grupos sociales residentes en zonas fronterizas (en el sentido consagrado), y el mayor "agrangamiento" de otros alejados físicamente de esas zonas. La frontera nacional, como expresión potenciada de las fronteras sociales y al igual que éstas, se lleva consigo potencialmente como una segunda naturaleza, se desplaza o se destruye con y en uno mismo, pero sólo adquiere sentido cuando se comparte colectivamente, ya sea para afirmarla o para negarla.

Lo que acerca más a los diferentes grupos humanos que habitan países vecinos no es necesariamente la acción y actitudes de los residentes fronterizos, sino la similitud de *habitus* de esos grupos, independientemente de la zona de residencia, y la capacidad para transformarlos en intercambios materiales y simbólicos, y eventualmente para instituirlos como política bilateral. Así, un miembro arquetípico de la élite gobernante mexicana actual, independientemente de su lugar de nacimiento, tiene más cosas en común con su equivalente estadounidense que con un campesino michoacano residente permanente o temporalmente en Tijuana, un trabajador indocumentado u otro con sus documentos en regla. A su vez, éstos se encuentran distanciados de los *wasps* del otro lado de la frontera, y su única cercanía es la eventual relación salarial que se establece entre ellos. La tendencia a la universalización del *homo economicus* coexiste más o menos problemáticamente con los particularismos culturales, los domina sin asimilarlos, respetarlos o transformarlos necesariamente.

La "frontera norte" es un espacio de interacción de grupos humanos similares y diversos que comparten una lengua común, la dominante, mezclada con vocablos provenientes de la lengua dominante del otro lado de la frontera (tal cual o con adaptaciones fonéticas). La distribución social de la competencia lingüística se da de manera desigual, con lo que esto significa mayor o menor capacidad para descodificar los mensajes emitidos por los representantes de la cultura legítima (políticos, investigadores, escritores, periodistas, artistas), lo cual refuerza las fronteras comunicativas internas y externas. Quien dude todavía de la frontera comunicativa entre nacionales no tiene más que comparar el lenguaje tecnocrático con el español de la calle o de zonas rurales.

En México, quienes gobiernan han decidido que en la relación con los Estados Unidos el énfasis actual se ponga en la economía y en un tratado llamado inadecuadamente, comprensible sólo ideológicamente, de "libre comercio".